

TENER AMOR A LO VISIBLE

FELICIANO DELGADO LEÓN
ACADÉMICO NUMERARIO

Al subir a las Ermitas y traspasar sus puertas, a la entrada, en la pared hay escrita una estrofa rimada de mala ascética tardobarroca que por desgracia ha pasado a la memoria de muchos.

El verso dice así:

"Yo para qué nací, para salvarme", lo cual es teológicamente falso. Yo nací para servir, hacer reverencia a Dios, transformar el mundo en la medida de mis posibles y mediante eso salvar mi alma. Salvarme es una consecuencia, no un fin.

Luego habla de la muerte como hecho inevitable y habla de la condenación como una posibilidad. Deja a un lado el misterio de la misericordia divina y no había leído a Orígenes, ni los que ahora la repiten con aceptación al cardenal y teólogo Urs von Balthasar. Y de esas dos premisas, una falsa y otra pesimista, saca una consecuencia que es teológicamente casi herética y racionalmente falsa: Si condenarse es posible, cómo puedo reír y tener amor a lo visible. Leo esa consecuencia y me acuerdo de San Juan de la Cruz:

Cuando la Esposa buscando al Amado se vuelve a todo el mundo sensiblemente admirable dice:

Mi Amado, las montañas,
los valles solitarios nemorosos,
las ínsulas extrañas
los ríos sonorosos,
el silbo de los aires amorosos;
 la noche sosegada
en par de los levantes de la aurora,
la música callada,
la soledad sonora,
la cena que recrea y enamora.

Y escribe en su comentario en prosa:

"las montañas tienen altura, son abundantes, anchas, hermosas, graciosas, floridas y olorosas. Estas montañas es mi Amado.

Los valle solitarios son quietos, amenos, frescos, umbrosos, de dulce agua llenos, y en la variedad de sus arboledas y suave canto de las aves hacen recreación y deleite al sentido. Estos valles es mi Amado para mí.

A Dios nadie lo ha visto jamás. Dios se hizo visible precisamente en Jesús porque sólo por los sentidos, por las simples aprehensiones de los escolásticos, podemos tener algún conocimiento.

Sólo conocemos por los sentidos y por la imagen de los sentidos llegamos a los conceptos. Mezclando los conceptos emitimos los juicios y elaboramos los raciocinios. Pero Dios no es un concepto. A Dios no se le puede demostrar. A Dios podemos llegar sólo por medio de eso que llamaba Santo Tomás conocimiento por connaturalidad y Dante, *intellecto d'amore*. Dios no puede ser expresado más que por símbolos y los símbolos sólo pueden construirse a partir de cosas concretas. Uno de los primeros escritores cristianos, Clemente de Alejandría, decía que el mundo, si Dios lo creó, tenía que ser bueno, porque si no, no lo habría creado. Que su cuerpo era bueno, porque si no, Dios no lo habría hecho.

Después vendrían el pensar qué se puede hacer con las cosas buenas y desecharlas por el mal aleatorio que producen y no por la alegría del ser y la magnificencia de lo que Dios creó.

Estamos aquí reunidos recordando la muerte de un poeta que quiso transmutar la realidad contingente, despojándola de su apariencia transeúnte, para convertirla en la idea de su esencia, que era acercarla a la mente misma de Dios creador. Las gotas de agua son perlas, a pesar de su instantánea vida, "caduco aljófár, pero aljófár bello"; la blancura de una mano, nieve. La mujer es (con permiso del P. Pineda)

De pura honestidad templo sagrado,
cuyo bello cimientó y gentil muro
de blanco nácar y alabastro
duro fue por divina mano fabricado.

Él miró el mundo visible y lo pulió de fealdad para entregarnos un universo nuevo, como recién creado, como si en él no hubieran entrado las equivocaciones de los hombres. Es decir, lo presentó como saliendo de las manos de Dios en el primer amanecer de la creación.

No se puede concebir lo religioso en la fealdad. No se puede rezar en una iglesia despojada de belleza. ¿Quién puede reconcentrarse religiosamente en el gótico de cemento de Lourdes o en esa masa fría y sin inspiración de la catedral de la Almudena de Madrid? ¿O quién puede sentirse irreligioso en Chartres o en Silos?.

Aquí están las cenizas del poeta. Los hombres, antes del cristianismo y muchos al margen de él, siempre han tenido el temor o la esperanza de que al morir no todo desaparecía con la muerte. Escribía Horacio: *Non omnis moriar, maxuma pars mei uitaauit Livitinam*. Aquí están las cenizas del poeta. La muerte lo introdujo en el misterio de Dios mismo, pero su verso le dio la perennidad en el mundo de lo visible, en el nuestro, que transcurre en el tiempo y en medio del transcurrir anualmente lo recordamos de modo especial.